

Insatiable.

¿Qué nos enseña sobre el goce femenino?

Viviana Berger*

Conferencia ofrecida en las Jornadas del comer, del cuerpo y su relación, Universidad Cuauhtémoc. Ciudad de Aguascalientes, 21 de junio 2019.

Para aquellos que no conocen sobre esta serie, *Insatiable*, se trata de una chica llamada Patty Bladell (Debby Ryan) que sufría acoso escolar, *bullying* (como se dice hoy día), era rechazada por sus compañeros, la avergonzaban, etc. La razón por la que Patty resultaba el objeto de la crueldad social era porque tenía sobrepeso. Un día sucede una contingencia que cambiará su vida por siempre. Un vagabundo, por azar, le quiebra la mandíbula. Entonces, para recuperarse tendrá que pasar tres meses bajo dieta líquida, pues no puede masticar. Y así es que, pasado ese tiempo, y luego de tres meses de dieta forzada, Patty habrá perdido 30 kilos, y adviene así, una *nueva* Patty; su cuerpo se ha modificado totalmente y sale a la luz la belleza de su rostro en una imagen envidiable aun por las más bellas. La historia tiene un poco la estructura del patito feo —no sé si conocen ese clásico infantil— es la historia de un patito negro que era discriminado entre sus pares por ser feo, y luego resulta que con el tiempo se transforma en un precioso cisne. Algo así le pasa a Patty, solo que en esta versión, se trata de mujeres. Con esta nueva imagen, para la mirada de los otros, ahora, deja de ser aquel objeto de rechazo para pasar a ser objeto de deseo, admiración, interés.

A diferencia del patito, lo que en ella se despierta es la más profunda e insaciable sed de venganza, es el violento retorno de las heridas al ser que sufrió cuando era *bulleada*. En su pasado, "*insatiable*" nombraba su compulsión oral a la comida, la avidez sin límites por los dulces, la comida chatarra, etc. —se trataba del circuito cerrado de la pulsión oral—. A partir del accidente y la transformación que se operó en su imagen, "*insatiable*" responderá al sin límite de la venganza, el odio y la reivindicación, acechan-

*Miembro de la Nueva Escuela Lacaniana del Campo Freudiano y de la Asociación Mundial de Psicoanálisis.

do en cada uno de los días de Patty los demonios más interiores que, voraces, afloran cada vez que encuentran oportunidad.

Me gustó elegir el significante "*Insatiable*" para el título de la conferencia porque además de corresponderse con el tema de estas Jornadas, posibilita apuntar a algo más que las manifestaciones concretas de los trastornos de la alimentación tan conocidos: bulimia, anorexia, obesidad (que son los nombres que nos ofrece el discurso de la ciencia), para señalar al circuito de la pulsión en la que el sujeto está preso, lo que desde el psicoanálisis se reconoce como el goce del sujeto. "*Insatiable*" nombra el empuje de la pulsión, sin freno, violento, en el que el mismo sujeto es devorado y se transforma en un objeto engullido. El sujeto Patty se ve tomado en ese torbellino oral, deja de hablar, para obturarse con el objeto comida; pierde su amarre a la palabra y se transforma en una enorme boca devoradora —la imagen con la que comienza cada episodio es una boca muy sexy, con labios rojos, muy erótica, pero de la cual se termina insinuando lo siniestro.

Ella sufre de muchas cosas, tiene una madre alcohólica, a la que le costó mucho hacerse cargo de su hija. No sabe quién es su padre, es un misterio que guarda la madre (y que se irá develando a lo largo de la serie). Ésta relación con su madre es bastante complicada, llena de reclamos dichos y no dichos, carencias afectivas, rebeldías, acusaciones, tensiones, desencuentros, etc. La intensidad que cobra el odio es equivalente a la del amor —recuerden que odio y amor son pareja—. Habrán escuchado la palabra "estrago" con la que Lacan nombra el tipo de relación que puede llegar a establecer una mujer, no sólo con la madre, sino con la pareja, la amiga, quien sea. El amor en la mujer muchas veces puede devenir en estrago. Es muy difícil moderar el estrago, es mejor tratar de no despertar esos demonios, lo cual es a veces inevitable.

Para Freud, el estrago está estrictamente correlacionado con el destino del falo en la niña —recuerden que para Freud la sexualidad estaba ordenada entre los que tienen y los que no tienen, los que tienen el falo y los castrados (las mujeres), y explica que el límite para la sexualidad femenina está constituido por el *penisneid*, esto es, la envidia por no tener el pene y que esto es lo que una mujer buscaría compensar, sea por medio de un hijo que la resarciría de esta falta, sea por el amor (por eso la pérdida del amor es tan devastadora para la mujer, porque el amor constituye un soporte clave para ella en términos fálicos). Freud no habló de estrago,

pero habló de un punto de no corte en la relación madre-hija, que no está mediada por una ley, y que hace que entonces haya algo allí imposible de resolver. Lo llamó fase pre-edípica, aludiendo a una ligadura muy primaria, que constitutivamente introduce un imposible de resolver. Y dice que todos los reclamos y recriminaciones que la hija hace a la madre por haberla hecho castrada, toman la característica de ese lazo, es decir, son ilimitados, “*insatiable*” podríamos decir hoy en el siglo 21, con *Netflix*: es la forma que toma la reivindicación fálica pero llevada por el sin límite.

También Melanie Klein retomará este término de envidia (*Envidia y gratitud*) y hablará de un fracaso originario en la relación con el Otro materno, fracaso de acento paranoico: “morder el seno nutricional”, “morder la mano que alimenta”, lo cual socava de entrada la relación con el Otro en la que el sujeto podría sostenerse.

Marie-Helène Brousse¹ explica el estrago del siguiente modo. “¿Qué es el estrago desde esta perspectiva? Que la madre permanezca como el Otro que escapa al intercambio fálico y la ley simbólica, y continúe siendo el objeto único del hijo único. Una respuesta es ser el fetiche materno. Pero, este fetiche es siempre superfluo porque el Otro traumático (es decir, el Otro de la satisfacción sexual) está completo.” Vemos aquí la estrategia del sujeto, el estrago sería un recurso para sostener Otro completo y consistente, no atravesado por la ley simbólica (esto es, no castrado), y el sujeto fungiría como el fetiche de este Otro, lo cual también lo preservaría a él de la castración. Continúa Marie-Helène, “Otra respuesta consiste en arrancar a la madre aquello que de todos modos no entrará en el intercambio que no hay y que, apenas arrancado, se convierte en un deshecho. Se pueden pensar las modalidades de estrago en función de las tres formas del *penisneid*. En todos los casos podría decirse que se trata de un estrago vinculado con el intercambio imposible, porque algo en la madre ha escapado a la ley simbólica que habría debido convertirla en objeto en la estructura del intercambio simbólico.

Por este hecho, ella tiende a permanecer como un Otro real, interpretada como Otro del goce. Y, entonces, convoca o a la fusión imposible, o a la persecución”.² Es decir, lo que ilumina la elaboración de Marie-Helène es que a través del estrago se burla la castración y se hace consistir Otro real, el Otro malvado, el Otro del goce, y de este modo también el sujeto se exceptúa de estar afectado por la castración.

1. Brousse, M.-H. (2018). Estrago y deseo del analista. En: *Revista Freudiana*, 28/5/2018. Recuperado de: <http://www.freudiana.com/articulos.php?idarticulo=7162/7>.

2. Ídem.

Patty es una chava estragada, desde alguna perspectiva se podría pensar que su síntoma es la obesidad, la pulsión oral desatada, y ofrecer un tratamiento al “trastorno de la alimentación”; pero luego, la serie enseña que estando ya eso domeñado —finalmente, ella logra un balance en su alimentación, más o menos se regula salvo algunos ataques puntuales, su imagen está acorde con los parámetros aceptables, reacomoda sus lazos sociales, ya no sufre más la discriminación del Otro, está más “adaptada” a la sociedad— sin embargo, lo que se verifica es que, su *insatiable*, sigue estando, aun, eso no se disolvió. Es decir, desaparecieron los síntomas más visibles, pero se verifica que lo que pasó es que simplemente se produjo un desplazamiento: esa ferocidad que antes estaba cernida en un circuito que se cerraba sobre su propio cuerpo, ahora, a partir de su imagen bella, regresa y va contra el Otro en un odio mortífero —finalmente el odio es una modalidad de lazo social—. Antes, podemos decirlo así, el *insatiable* iba contra sí misma encerrándola en las murallas del desprecio de sí, y luego eso se libera y se enlaza con el Otro, pero teniendo un retorno hasta quizás más cruel, sobre ella y sobre el Otro también, el circuito conserva la misma condición. Recuerden que su “trauma social” era el *bullying*, la injuria. Su condición de goce se realizaba a través de ser mortificada por el Otro, funcionar como un objeto resto, desechable —eso no se disolvió. Jacques-Alain Miller habló de las cárceles del goce, este caso lo ilustra muy claramente.

Recuerden que la historia sigue con que ella se introduce en el mundo de la belleza y comienza a competir en concursos, desarrollándose toda la trama de la serie en el contexto de la sociedad de la imagen bella. También se puede hacer una lectura del guión de la serie tomándolo por ese lado, al estilo de la película *Belleza Americana*, no sé si la tengan presente, ya tiene muchos años. Tengo entendido que esta serie, *Insatiable*, causó bastante controversia en su momento, pues fue acusada de discriminación hacia las personas que sufren de trastornos de la alimentación y padecen de obesidad. Como vemos, podemos quedarnos en el plano del discurso social o intentar leer un poco más allá, que es la intención de esta ponencia: presentarles qué puede decir el psicoanálisis ante estos síntomas sociales, intentando capturar una dimensión que pueda atravesar los semblantes convencionales. En los tiempos que corren encontramos algunas identificaciones instaladas, que si no las interrogamos y nos dejamos encandecer por ellas, perdemos

de vista que detrás de esos velos, hay otra cosa encubierta, en la cual vale la pena detenerse, y que muchas veces tiene que ver con fragilidades de las subjetividades que hallan una solución bajo estas “modas”.

La época nos ofrece varios velos, “trastornos de la alimentación” es uno de ellos, hay muchos más, de los cuales no hablaré hoy, pero por ejemplo, tenemos: las feministas, los veganos, los *trans*, etc. Más allá del valor social que se encarna en estos significantes que no podemos dejar de reconocer desde el sentido social y ético, cuando nos ocupamos de la clínica se trata de otra cosa, al menos desde el psicoanálisis nos vemos obligados a explorar caso por caso a qué goce responden estos significantes en cada uno de los sujetos, y la función del analista será en todo caso re-direccionar las resonancias del sentido común a su referencia con el inconsciente individual.

Descubriremos muchas veces su coincidencia con posiciones fantasmáticas; la solución que el sujeto encuentra para darse una respuesta a la sexualidad —en términos técnicos diríamos— “la respuesta del sujeto al no hay relación sexual”; otras veces son argumentos de sentido para justificar un estrago, el rechazo a ley, dificultades para soportar la diferencia con el otro, etc. Aferrarse a un significante permite en algunos casos un modo de solución a la falta en ser, vía “una declaración de identidad”, que en el peor de los casos se vuelve un significante Amo de hierro para el sujeto. También le permiten al sujeto incluirse o reconocerse en alguna comunidad de goce que le posibilita armar así una vía de lazo, una construcción delirante, hacer algo con la certeza persecutoria, etc. Como vemos, el uso y función de ese significante si bien universal, paradójicamente, si se pasa por un análisis, iluminará lo que eso quiere decir para cada quién -que es totalmente diferente de lo que quiere decir para el otro que usa también el mismo significante.

La particularidad de los trastornos de la alimentación, la “bulimia”, “anorexia”, “obesidad”, es que el compromiso en el cuerpo se impone mucho más sobre el significante. El sujeto se ve tomado por la pulsión voraz, el comando del objeto-nada, los circuitos de llenado y vaciado. Tomemos en cuenta que, a más satisfacción de la pulsión, más silencio de la palabra —lo que hace a esta clínica particularmente difícil, exigirá del analista una habilidad especial para hacer advenir allí las cadenas significantes—. Mi experiencia es que bordeando de costado el goce mudo se abren más *chances*

que cuando se pretende ir directo a lo que se supone el síntoma, será mejor brújula encontrar el resorte que no impida orientarse en el Otro del deseo.

Para el analista, siempre se tratará de ubicar en cada sujeto su manera singular de relacionarse con ese goce que discurre por los desfiladeros de los significantes. El esfuerzo, tal como lo ha enseñado Lacan, será el de “No comprender”, más bien interesarse en saber por qué, a qué alude, forzando para que el sujeto pueda decir algo más al respecto, y cada vez mejor —en un imperativo de precisión que permita el surgimiento de un decir singular sobre el goce.

Volviendo al *insatiable*, al sin límites... Podemos preguntarnos cuáles son las causas de esta insaciabilidad. ¿Será el trauma de su nacimiento? —pero, ¿quién no lo tiene?, ¿que su madre era alcohólica?, ¿que hereda conductas adictivas de ella, que no conoce quién fue su padre, que quedó a merced de la locura materna?— Esas son coordenadas de la historia, pero aun así no alcanzan para explicar la elección del sujeto. Recordemos que para el psicoanálisis el sujeto es siempre responsable, la orientación siempre es interrogar su posición frente a lo que le pasa. ¿Por qué la venganza? ¿Qué uso hace de la venganza? ¿De qué goza vengándose? ¿Qué rechaza? Será cuestión de cernir los significantes que marcaron el cuerpo de esa forma.

Freud, fue el primero en considerar las verdades de las mujeres histéricas, encontró que el “rechazo de la feminidad” era el punto de tope de un análisis, otro nombre para la “roca viva” de la castración, la castración es eso de lo cual el sujeto neurótico no quiere saber nada. Freud se interrogó por el otro lado, tenía curiosidad por el continente negro. Sin embargo, la pregunta ¿Qué quiere una mujer? se mantuvo intacta para él. Fue Lacan quien intentó dar un paso más y por eso inventó las fórmulas de la sexuación, proponiendo en vez de “identidades sexuales”, más bien, modalidades de “goces”, el goce masculino (que no necesariamente coincide con el género masculino) y el goce femenino (que por supuesto, tampoco es exclusivo de las mujeres). No voy a desarrollar esto ahora, pero a los fines de nuestra conferencia, podemos decir que el goce masculino está limitado por el falo, es localizado, está regulado por la ley del padre y puede simbolizarse. El goce femenino está más allá del falo, no está concernido por la castración, ha quedado fuera de ella, no está localizado, más bien toma todo el cuerpo, no tiene límites precisos, abre la puerta al infinito. Lacan

esperaba que las mujeres analistas pudieran decir algo sobre él, porque apostaba a un bien decir sin el cual el psicoanálisis no tiene razón de serlo; pero tampoco pasó, el goce femenino resultó indecible. “El goce femenino se experimenta en ocasiones”, dice Lacan, “pero es imposible decirlo”.³ Sin embargo, si el goce femenino no se puede decir, de su experiencia como acontecimiento de cuerpo, se puede testificar. Podemos decir que mientras en el goce fálico el sujeto goza, en el goce femenino se trata de un cuerpo gozado, donde el sujeto queda dividido entre tener un cuerpo que es tomado por su goce, y su relación al falo. Recuerden que Lacan escribió *La mujer*, para subrayar que la condición constitucional de la mujer es estar dividida, en su goce. Cuando esto no pasa, es la invasión del goce del Otro de la psicosis, hay *La mujer absoluta*, un goce total.

El goce femenino y la pulsión de muerte tienen una afinidad particular: el silencio de la palabra, no están en el campo del decir. Patty Bladell no está todo el tiempo tomada completamente por la voracidad, claro que habla y puede llevar una vida, pero cuando *le agarran las crisis*, sí le pasa que se impone el absoluto, el sujeto se desvanece y se pierde todo amarre a algún poste que la sostenga, más bien la compulsión solo acaba con el agotamiento de esa satisfacción. Todo lazo simbólico queda coartado, no hay quién pueda frenarla, el sujeto es él mismo sacrificado, pierde toda dignidad, toda investidura narcisística, es engullido por la pulsión que se sacia finalmente sobre él mismo, se desvanece y se funde en un goce del cuerpo mortal. El goce sin límite de hacerse devorar da el triunfo al imperativo superyoico de la pulsión de muerte que socava todo deseo y su causa. Hay algunos que tienen la teoría de que las mujeres necesitan palabras de amor para contar con un soporte simbólico que las amarre del arrastre del goce femenino. “Dejarse llevar” es otra fórmula que suele escucharse cuando se habla del acceso a un goce Otro, donde el cuerpo es tomado. No es el goce del cuerpo sino el cuerpo gozado. Ahora bien, una cosa es cuando está articulado con un deseo y habilita a la mujer a un éxtasis del cuerpo, muy distinto cuando se trata del goce del Otro absorbiendo al sujeto. En este sentido, podemos pensar la voracidad como una especie de empuje a la mujer, injurioso del orden simbólico y, por lo tanto, del deseo, que ya no puede circular. También muchas veces es indicador de psicosis, sobre todo cuando el sujeto está fuera del discurso.

3. Lacan, J. (1981). *El Seminario Libro 20*. Aun. España: Paidós.

Hay otro personaje interesante en la serie, Bob Armstrong, el *coach* de Patty. Dice que él se dedica a ayudar a las mujeres a ser lo mejor de ellas, “tengo una necesidad insaciable de ganar”, declara. Según Patty, Bob es su “destino”. Vemos los resortes de esta relación. ¡Cómo se articula esta pareja! —quizás hasta nos anuncie el final—. Bob tiene una fascinación por la imagen bella de la mujer, incluso el personaje de su esposa responde a esta condición erótica, y vemos cómo conforme la serie va avanzando, la historia se va volviendo “más loca”, va perdiendo los límites del sentido común, y todo pierde referencia, a algunos incluso llega a dejar de gustarles pues cruza límites, o mejor dicho, los pierde —un excelente testimonio del goce femenino.

Quizás podemos decir que para Bob el goce femenino se revela como una obsesión: la mujer es su espejo, se fascina con ese misterio cautivador del cual se considera un experto *coach*. De su lado, está la fascinación narcisista; del lado de Patty, el odio, que aparece bajo la forma de la venganza pero que finalmente no es otra cosa que el odio de sí misma en el cual está atrapada y que la imagen bella no le resuelve. ¡Qué pareja! Han prometido que lanzarán la Temporada 2, veremos cómo sigue.

Para terminar, me gustaría subrayar que he abordado el goce femenino desde el punto de vista sintomático, es decir, el sin límite que lleva a la destrucción. Pero seguramente valdrá mucho la pena estudiar su modo *sintomático*, cuando el goce femenino funciona como plus, como plus de goce, al servicio del deseo, que da cuenta de cómo lo ilimitado de la posición femenina se traduce ocasionalmente en un poder de acción y combate inéditos que atravesando los límites logra aquello que nunca antes se había llegado a imaginar.